

Arabesco pedagógico. A. D. C. L. E.

("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 17 noviembre 1913)



Arabesco pedagógico

A. D. C. L. E.

Incluido en "Suplemento de y ediciones"

—¡Qué afán de complicar y de dificultar las cosas!—me dice usted.—No, señor, no; no es eso. No es sino el deseo de presentarlas tales como son, ó por lo menos, tales como yo las veo y comprendo. Y además, no he de negárselo, la necesidad de reaccionar en contra de una pedagogía perniciosa que se empeña en simplificarlas y facilitarias indebidamente.

Hay que andar, en efecto, con mucho cuidado en eso de poner las cosas, ó mejor, las explicaciones de las cosas más simples y más fáciles de lo que son. La mejor explicación no es la más simple y la más fácil, sino la que mejor explica; es decir, la que de veras explica.

Los escolásticos tenían un aforismo que decía que no hay que multiplicar los entes sin necesidad—*entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem*;—pero no es tan fácil juzgar de esta necesidad, una necesidad lógica, claro está. Y á la larga resulta que para la persona docta las explicaciones al parecer más complicadas y difíciles son las más simples y más fáciles.

Cuando usted oiga á algún maestro exclamar: «¡Esto es muy sencillito!», desconfíe de lo que va á decir. El afán de simplificar las cosas suele llevar á deformarlas.

Hay que proceder, no de lo más fácil á lo más difícil, sino de lo más conocido á lo menos conocido, y no suele siempre ser lo más conocido lo más fácil, si se pone uno á ahoncarlo.

Hay una cierta pedagogía que huye de las dificultades, huye del verdadero trabajo, huye de la austeridad. Parece que nos asusta enseñar á los niños todo lo duro, todo lo recio que es el trabajo. Y de ahí ha nacido lo de que aprendan jugando, que acaba siempre en que juegan á aprender. Y el maestro mismo que les enseña jugando, juega á enseñar. Y ni él en rigor enseña, ni ellos en rigor aprenden nada que lo valga. Y luego, no olvide usted que importa más lo que se ha de enseñar y aprender que el modo de enseñarlo y aprenderlo. No hagamos de la Ciencia un mero medio para aplicar pedagogía.

He visitado una escuela en que los niños aprendían una cosa que pretendía ser historia de España jugando á la rayuela. Les metían en la cabeza un casillero con nombres de romanos, cartagineses, visigodos, árabes, Casa de Trastámara, Casa de Austria, de Borbón, batalla de tal ó cual, y debajo de eso



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

no había nada vivo. Y es que su maestro se figuraba sin duda que el índice de un libro de historia es una historia abreviada. Tanto valdría quererles enseñar un extracto de un cuadro de Velázquez ó de una sinfonía de Beethoven.

¿Y usted cree que con eso de dividir á la clase de los niños en dos bandos, los unos españoles y los otros franceses, y que discutan sus respectivos valores, se hace más que una ridícula comedia?

No; ni la vida ni el arte pueden ser juego ni tomarse como tal. Hay una cierta austeridad que debe aplicarse hasta al juego. Hasta la broma debe ser en cierto respecto seria.

Claro está, señor mío, que lo que vengo diciéndole no implica que yo proscriba de la vida, del arte y de la enseñanza la amenidad. Muy lejos de eso, pretendo ser, á mi manera, un hombre ameno, de conversación y de enseñanza amenas. A pesar de lo cual jamás he logrado, gracias á Dios, cierta fama, porque aborrezco la frivolidad.

Y no crea usted, puedo asegurárselo, que no es la amenidad, que no es la ligereza, que no es el gracejo entretenido lo que más tiempo encadena la atención del discípulo y lo que le lleva á éste á cobrar afición á lo que se le enseña. De la amenidad y del gracejo tan sólo se cansa uno pronto. No hay hombre más insoportable á la larga que el chistoso profesional ó el coleccionista de anécdotas. Una ardilla enjaulada, dando vueltas y revueltas, se nos hace más pesada que un elefante que camina paso á paso.

Lo que más encadena á un discípulo á su maestro, lo que más le hace cobrar afición á lo que éste le enseña, es sentir el calor de la pasión por la enseñanza, del heroico furor del magisterio. Cuando el que aprende siente que quien le enseña lo hace por algo más que por pasar el tiempo, por cobrar su emolumento ó por lo que llamamos cumplir el deber y no suele pasar de hacer que se hace, entonces es cuando aquél se aficiona á lo que se le enseña.

Y advierta, señor mío, que la pasión por la enseñanza no es la afición á la pedagogía como ciencia, del mismo modo que la pasión por la moralidad no es la afición á estudiar Ética. Una cierta persona pedagógica fué destinada á enseñar en una capital de provincia, sea Burgoprieto, y un insigne pensador central decía, refiriéndose á dicha pedagógica persona: «¿Qué va á hacer en Burgoprieto?...» Porque, en efecto, ¿qué puede hacerse en una capital de provincia? No hay en ellas suficientes rodrigones para las plantas trepadoras. ¡Oh, la Ciencia! ¡Oh, la Pedagogía! ¡Oh, la Ética! ¡Oh, Platón! ¡Oh, Kant! ¡Oh, la Cultura!

Y el maestro que siente la pasión de enseñar, que no es sino la pasión de aprender; el heroico furor del magisterio, que no es sino el heroico furor de la disciplina ó *discipulina* —pues magisterio dice á maestro lo que dis-



ciplina á disciplulo,—ese nunca violenta la verdad para hacerla ni más simple ni más fácil de lo que es.

Y de la misma manera, señor mío, engañan al pueblo los presuntos maestros de él, los demagogos, que le dicen que cuando se instruya y eduque y sea más culto y más inteligente vivirá con más facilidad, más comodidad y más abundancia. No, la cultura es más cara que la incultura. Para que un pueblo se haga más culto necesita trabajar más y gozar menos; aumentar su trabajo y aumentar los tributos. Hay que repetir la vieja sentencia: quien añade ciencia añade dolor. Ahora que vale más acaso ciencia con dolor que placer sin ella. Y hay, sobre todo, lo que Santa Teresa llamaba dolor sabroso. La sabrosidad del dolor es lo que enseña la verdadera sabiduría, que es ascética.

Ni simplificar, pues, y facilitar las cosas fuera de verdad, ni menos engañar á nadie. Y uno de los más sutiles medios de engañar es calzarse las verdaderas dificultades, las hondas inquietudes, las irreductibles zozobras del espíritu. Y si usted quiere que reduzca esto á una fórmula, lo reduciré, diciéndole que lo que sobre todo hay que decir es lo que dicen que no debe decirse: lo «infando».

Lo infando, sí, señor mío, lo que no debe decirse, eso es lo que hay que decir. Hay que espiar las ocasiones de sacar á relucir aquellas reflexiones que dicen es de mala educación ó de mal tono sacarlas en sociedad, lo que se llama por antonomasia en sociedad, y, sobre todo, después de comer. Hay ocasiones en que lo más oportuno es glosar en las postres de un banquete aquello de morir habemos.

¿No conoce usted aquel canto nupcial de Leopardi en las bodas de su hermana Paulina? Ahí tiene usted un canto profundamente pedagógico, sincero y veraz. Leopardi no trató con él de engañar á su hermana, ni de simplificar y facilitar á sus ojos la vida que se le preparaba.

Ahora, lo que hay que hacer es aceptar resignada y hasta alegremente la complicación y la dificultad del arte de la vida y de la vida misma, como hay que aceptar alegremente el castigo del trabajo. No del que inventamos nosotros y se nos antoja que es el que nos compete, y no suele pasar de ser un puro medio para medrar ó para lucirnos, pena alimentar, ó nuestro estómago ó nuestra vanidad, sino el otro.

Y en resumidas cuentas, señor mío, dedíquese algo más á la enseñanza y algo menos á la pedagogía; y en cuanto á la ética, no olvide lo del Kempis: «Prefiero sentir la compunción á saber su definición». No discutamos, como Sócrates, si la virtud es ó no ciencia; cumplamos el deber inmediato y estricto sin descuidarlo para definir el Deber. Y en Burgoprieto, y en Burguillos de la Sierra, y en Navarredonda de Abajo, sin tener á Platón, ó á sus comentaristas á mano, se puede cumplir el deber que otro se encargará de definir sin cumplirlo.

Miguel de Unamuno.

3-182 3

Arabes lo pe-
daquico.



[Con Lumen de "El Imparcial",
Madrid 17-XI-1913]



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS USAL ES